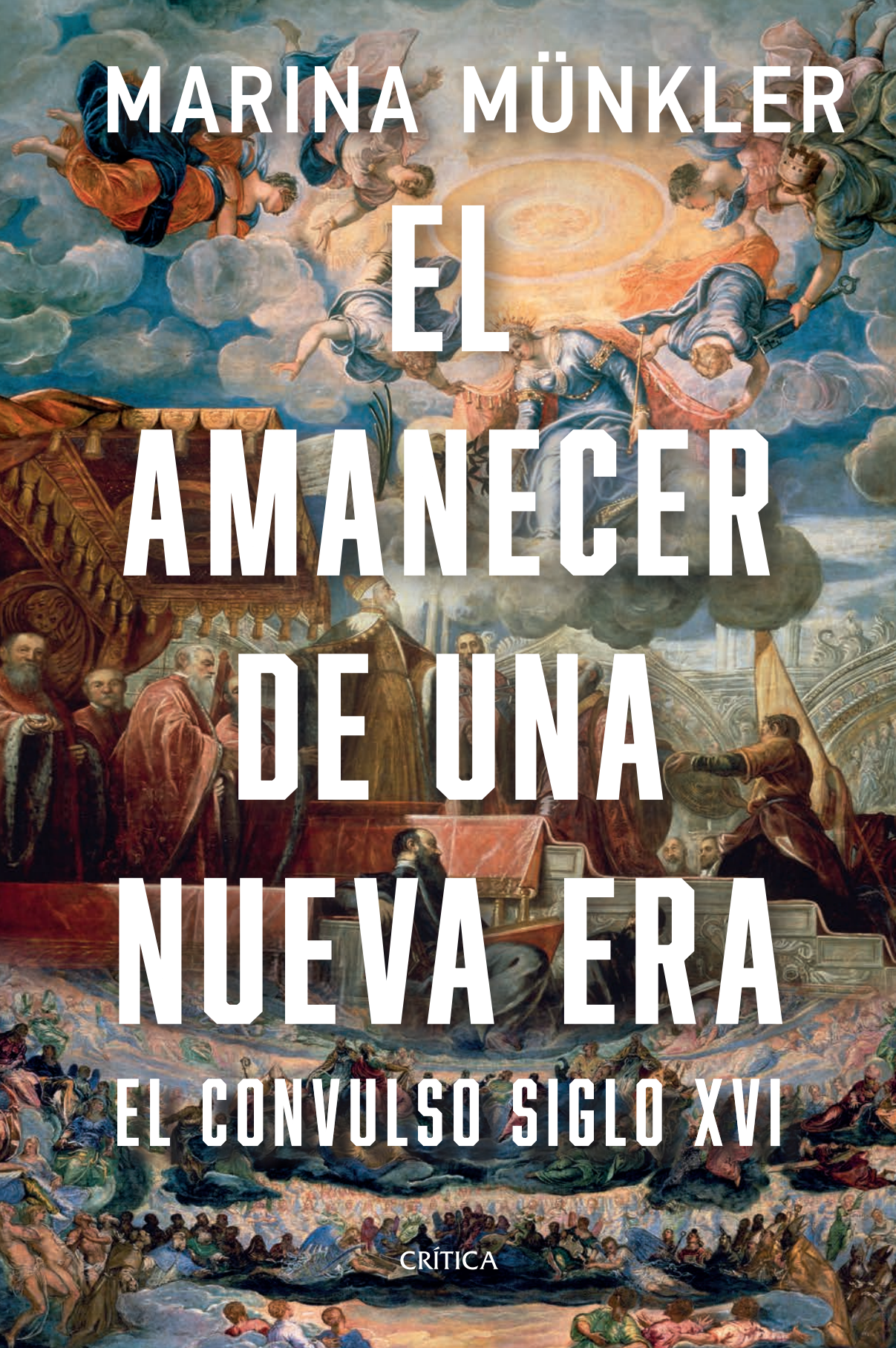




MARINA MÜNKLER

EL

AMANECER

DE UNA

NUEVA ERA

EL CONVULSO SIGLO XVI

CRÍTICA

MARINA MÜNKLER

EL AMANECEER DE UNA NUEVA ERA

El convulso siglo xvi

Traducción castellana de
Héctor Piquer Minguijón

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2025
El amanecer de una nueva era. El convulso siglo XVI
Marina Münkler

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Anbruch der neuen Zeit. Das dramatische 16. Jahrhundert*
© de la traducción, Héctor Piquer Minguijón, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664,
08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-772-6

Depósito legal: B. 7.376-2025

Impresión y encuadernación: Unigraf
Printed in Spain - Impreso en España



Capítulo 1

UNA ÉPOCA TRANSFORMADORA: EL SIGLO XVI DESDE UNA PERSPECTIVA GLOBAL

DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA A LA GUERRA
DE LOS TREINTA AÑOS

En general, no se dedica mucha atención al siglo xvi como un período independiente.¹ Suele incluirse dentro la Edad Moderna, que se extiende del siglo xvi al xviii, y no se considera merecedor de una reflexión separada, lo cual resulta sorprendente, pues en ningún otro período hasta la Edad Contemporánea el mundo ha vivido cambios tan fundamentales: el descubrimiento y la conquista del llamado Nuevo Mundo llevaron a Europa a dominar grandes partes del globo; la expansión del imperio otomano hizo que muchos europeos sintieran amenazada su identidad; la revolución mediática que introdujo la imprenta provocó que lo escrito ya no fuera reconocido solamente por un grupo extremadamente reducido de eruditos y que se desarrollara una dinámica comunicativa nunca antes imaginada, y la Reforma contribuyó de forma decisiva a la escisión del cristianismo en Europa y cambió de raíz la relación que amplios sectores de la población europea mantenían no solo con la Iglesia, sino también con Dios y los santos.² Ciertamente, existen numerosos estudios sobre todos estos temas, pero se centran en sus distintos aspectos y apenas describen las conexiones existentes entre ellos. Además, no se centran solamente en el siglo xvi. Hay motivos para ello: la expansión europea, como la del imperio otomano, ya había comenzado en el siglo anterior; la imprenta de tipos móviles se había inventado también en el siglo xv, y ya se había debatido sobre reformas y cismas desde la separación de las Iglesias romanas oriental y occidental, y durante toda la Edad Media.

Lo mismo se puede decir de las innovaciones técnicas y científicas genuinamente asociadas al siglo xvi: el desarrollo de la astronomía, que en Europa supuso el revolucionario paso de una visión geocéntrica del universo a una heliocéntrica; el desarrollo de la náutica, que permitió la navegación de altura y, con ella, el dominio de los mares; la revolución militar, que provocó un cambio en la forma de hacer la guerra y posibilitó en cierto sentido el control del comercio mundial; la aparición en Europa de unas ciencias naturales que ya no estaban al servicio del reconocimiento de Dios en su creación, sino de la aprovechabilidad de la naturaleza... Rara vez se han enmarcado todas ellas en el ámbito exclusivo del siglo xvi, y no sin buenas razones.

Los siglos son divisiones más o menos arbitrarias que difícilmente pueden hacerse encajar con desarrollos, rupturas o transformaciones históricas. Colón descubrió el Nuevo Mundo en 1492, pero el proyecto de encontrar una ruta marítima a la India que sorteara a los intermediarios otomanos y árabes en el acceso a las codiciadas mercancías del Lejano Oriente se remonta a comienzos del siglo xv. La expansión otomana, por su parte, ya había logrado en 1453 uno de los éxitos más humillantes para los europeos con la conquista de Constantinopla. La Reforma, en cambio, sí se puede considerar claramente un hito del siglo xvi con la publicación, el 31 de octubre de 1517, de las 95 tesis de Lutero contra las indulgencias. Sin embargo, esto solo es cierto para el comienzo del proceso reformador y no para la confesionalización posterior, ni desde luego tampoco para la guerra de los Treinta Años —si es que cabe atribuir este conflicto únicamente a la Reforma—, la cual tuvo lugar durante la primera mitad del siglo xvii.³

En historiografía es habitual distinguir entre siglos «largos» y «cortos». El siglo xx, por ejemplo, fue un siglo corto si empezamos a contar desde la primera guerra mundial y lo terminamos en la caída de la Unión Soviética, mientras que el xix, que se suele situar entre el inicio de la Revolución francesa en 1789 y el estallido de la Revolución de Octubre en 1917, fue un siglo largo. Desde una perspectiva de cesuras históricas y no de calendarios, el siglo xvi sería también un siglo largo: comenzaría con el descubrimiento de América por Colón en 1492 y terminaría con el descubrimiento de las lunas de Júpiter por Galileo Galilei en 1610. El historiador francés Fernand Braudel lo delimitó, en el sentido de época histórica universal, aún más ampliamente: de 1450 a 1620.

Para la cesura de mediados del xv, Braudel podría haber tomado como referencia al reformador protestante Philipp Melanchthon (de nacimiento Philipp Schwartzertdt), que entendió la conquista de Constantinopla por los turcos y el consiguiente fin definitivo del imperio romano de Oriente como un cambio de época transformador. Pero también podría haberse referido al inicio de los viajes de exploración portugueses por la costa occidental africana, que marcaron el comienzo de la era de los descubrimientos y las conquistas. Ambos acontecimientos o desarrollos caracterizaron profundamente el siglo xvi, por lo que parece totalmente razonable hacerlo comenzar como época en pleno siglo xv.

Ambas dataciones del comienzo del período apuntan en direcciones opuestas y, con ello, destacan aspectos diferentes del siglo: la caída de Constantinopla no solo marcó un final, sino también un inicio, el del ascenso de un imperio otomano que amenazaba a Europa, mientras que los primeros los viajes de descubrimiento organizados por el infante portugués Enrique el Navegante en el siglo xv inauguraron una inimaginable expansión de Europa y de su poder. La mirada hacia el este, hacia los otomanos, representa la angustia de Europa y su lucha por defenderse, es decir, la autopercepción de una cultura que se siente amenazada en su modo de vida y su carácter religioso. En cambio, la mirada hacia el sur y el oeste, hacia la región atlántica, representa una Europa que se disponía a dominar grandes partes del mundo, a vincular entre sí las distintas «economías mundiales» y a crear un ciclo comercial global que nunca antes había existido. Es una Europa que somete a los pueblos indígenas de América Central y del Sur, conquista sus tierras y extermina parcialmente su población a base de guerras brutales, epidemias importadas e introduciendo la minería y la economía de plantación. Estas dos cesuras históricas, el ascenso de los otomanos y la expansión europea hacia el Nuevo Mundo, dan lugar a diferentes signos característicos del siglo xvi.

La datación del final del siglo en torno a 1610 puede explicarse, por un lado, por el comienzo de la guerra de los Treinta Años y, por otro, por el desplazamiento definitivo del centro económico y financiero de la economía europea a los Países Bajos e Inglaterra, es decir, por la destacada pérdida de importancia de españoles y portugueses. Contra esta delimitación temporal puede argumentarse que las guerras de religión, en las que también se inscribe la guerra de los Treinta Años en Europa central, comenzaron en Europa occidental en pleno

siglo xvi (por ejemplo, con las rebeliones de los hugonotes en Francia entre 1562 y 1598 y la revuelta de los Países Bajos contra el dominio español a partir de 1568). En consecuencia, el siglo xvi debería prolongarse entonces hasta 1648, con los tratados de paz de Münster y Osnabrück, lo que significa que, si comenzó a mediados del siglo xv, sería un siglo doble, ya que se extendería desde la mitad del siglo anterior hasta la mitad del siglo siguiente. Sin embargo, un punto final en 1648 sugeriría un arranque en torno a 1517, el inicio de la Reforma. Por supuesto, esto definiría el siglo xvi como una época de luchas de fe y guerras de religión, y dejaría de lado la idea de un período de descubrimientos y conquistas.

Pero si consideramos el siglo xvi desde una perspectiva global, la Reforma deja de tener tanto peso. Al mismo tiempo, no solo cobran importancia los descubrimientos y conquistas españoles como base para la formación de un imperio mundial, sino que también se hace más patente la amenaza que suponen las ambiciones otomanas de dominio global para el eje oriental de ese imperio. La conquista del Nuevo Mundo también provocó la caída de dos grandes potencias que habían dominado grandes porciones del centro y el sur del continente americano: los imperios azteca e inca. Mientras que los aztecas controlaban grandes zonas de América central, el imperio inca tenía su centro en los Andes y se extendía por una zona que, en la época de su mayor expansión, incluyó partes de lo que hoy es Colombia y Ecuador, Perú, el centro de Bolivia, el noroeste de Argentina y gran parte del actual Chile. Ambos imperios eran relativamente jóvenes: los incas habían iniciado sus campañas de conquista y sometimiento hacia 1438 y los aztecas llevaban expandiéndose también desde la década de 1430.⁴ Hubo varias razones por las que estos imperios cayeron sin ceremonias bajo la presión de los conquistadores. Su caída no fue solamente el resultado de la inferioridad en términos de civilización o tecnología armamentística, sino que también fue consecuencia de sus políticas imperiales. Los españoles consiguieron conquistar estos imperios, entre otras cosas, aliándose con otros pueblos indígenas, como los tlaxcaltecas. Estos habían sido sometidos por los aztecas y tenían su propio interés en establecer con los extranjeros recién llegados una alianza que les permitiera sacudirse el yugo azteca. Lo que no se imaginaban era que estos les impondrían un nuevo yugo.

CONSTRUCCIÓN DE UN IMPERIO MUNDIAL, CICLOS ECONÓMICOS
GLOBALES Y REVOLUCIÓN BÉLICA

Si analizamos el siglo xvi desde la perspectiva de la conquista del Nuevo Mundo, también lo podríamos calificar como el siglo habsburgués. De hecho, hasta no hace mucho, las descripciones más habituales del período se han centrado sobre todo en el ascenso de la Casa de Habsburgo: el legado borgoñón del emperador Maximiliano, el legado hispano de su nieto Carlos y, por último, la expansión hacia un imperio global como consecuencia de los descubrimientos y conquistas.⁵ Es la línea argumental de una visión eurocéntrica de la historia que, además, retrata el ascenso de los Habsburgo como considerablemente más pacífico y benévolo de lo que fue en realidad. En este ascenso, la política matrimonial —tan hábil como favorecida por el azar— practicada desde Federico III fluyó sobre la base de una construcción imperial supuestamente no violenta: mientras otros emprendían guerras de conquista, la Casa de Habsburgo no dejaba de crecer a base de matrimonios siguiendo la fórmula *Bella gerant alii, tu felix Austria nube* («Que otros hagan la guerra, pero tú, feliz Austria, cástate»). Puede que el adagio fuera válido para el siglo xv, cuando Federico III se mostraba poco inclinado a defender Europa contra la expansión del imperio otomano e ignoraba deliberadamente los llamamientos a la cruzada lanzados por el papa Pío II, pero no para el siglo siguiente. Además, la política matrimonial de los Habsburgo, de la que surgieron tanto la rama hispana como austríaca de la dinastía, no condujo ni mucho menos a una expansión exclusivamente pacífica del imperio: en el siglo xvi, los Habsburgo no solo libraron las guerras hegemónicas intraeuropeas contra Francia y los Países Bajos y las guerras defensivas contra el imperio otomano en expansión, sino que, casi siempre con una fuerza brutal, también conquistaron y gobernaron el Nuevo Mundo. De hecho, el siglo xv fue un siglo de guerras, pero con la diferencia respecto a los siglos anteriores de que esas guerras no solo se libraron solamente en Europa, sino también en el mundo recién descubierto y, cada vez más, en los océanos, tanto en el Atlántico como en el Índico. En este sentido, fue, efectivamente, un siglo marcado por la expansión europea, como se acostumbra a señalar con frecuencia en la historiografía.⁶

Sin embargo, esta perspectiva no debería pasar por alto que la formación de imperios en el siglo xvi no fue un proyecto exclusivo de Europa, y mucho menos de los Habsburgo. Aproximadamente en la

misma época surgieron tres grandes imperios islámicos que podríamos considerar «mundiales»: el de los otomanos, el de los safávidas en Oriente Próximo y el de los mogoles en la India. Y en China, la dinastía Ming también se consideraba a sí misma un imperio global. Así, como mínimo cinco grandes imperios dominaron en el siglo xvi, cada uno gobernando «mundos» política y económicamente integrados en mayor o menor medida. La hipótesis de un papel protagonista de la Casa de Austria es difícil de sostener aunque solo sea por el hecho de que el imperio otomano también se extendía por tres continentes en el siglo xvi: el sureste de Europa (que los otomanos llamaban Rumelia en referencia a Roma), regiones de Asia (Anatolia, el Levante mediterráneo y Mesopotamia) y el norte de África (Egipto, amplias zonas de la península arábiga y el Magreb).⁷ E incluso cuando se argumenta que los europeos revolucionaron el comercio mundial,⁸ es importante señalar que en este siglo el imperio otomano ya había conseguido controlar las rutas comerciales terrestres más importantes entre Europa, Asia y África, por lo que también se puede considerar un actor clave en los circuitos económicos mundiales.

La diferencia fundamental entre el imperio de los Habsburgo y el de los otomanos radicaba en que el primero, especialmente desde que España y Portugal fueron gobernados en unión personal por Felipe II, era un imperio de los océanos, el centro del imperio otomano se encontraba en tierra firme (si bien es cierto que el sultán Mehmed II se autoproclamaba a la entrada de su palacio no solo como «soberano de dos continentes», sino también como «soberano de dos mares»,⁹ refiriéndose al mar Negro y al mar Blanco, como los turcos llamaban al Mediterráneo; pero se trataba, por supuesto, de mares interiores y no de océanos). En Constantinopla se observaba con mucha atención la expansión atlántica de los dos estados ibéricos y se invirtieron esfuerzos en fijar cartográficamente la información sobre los descubrimientos de Colón y la circunnavegación de Vasco da Gama alrededor del extremo sur de África,¹⁰ pero no en enviar naves propias al Atlántico. Lo que sí hicieron los otomanos tras la conquista y la disolución del sultanato mameluco en 1517 fue revitalizar el comercio árabe-egipcio con la India. Sin embargo, este se limitó esencialmente al mar Rojo y al golfo Pérsico, pues los navíos portugueses ya surcaban en esa época el océano Índico e impedían el establecimiento de un poder naval otomano sostenido entre la península arábiga y la India.¹¹ La inferioridad de la flota otomano-árabe en términos de arquitectura naval

y armamento en comparación con la portuguesa era demasiado grande como para que los otomanos consiguieran la supremacía que sí tenían en el Mediterráneo oriental y meridional.¹² En el Mediterráneo, la guerra naval la seguían librando con galeras propulsadas por remeros y provistas de un espolón de embestida en la proa con el que inmovilizaban los barcos enemigos y, acto seguido, los abordaban o los perforaban hasta hundirlos. En los océanos, en cambio, la guerra se libraba con galeones de vela armados con cañones, y los europeos occidentales y meridionales superaban a los otomanos en la construcción de estas embarcaciones, las cuales pronto dejaron de estar equipadas con artillería solamente en las superestructuras de popa y pasaron a estarlo también bajo la cubierta, a ambos lados, lo que permitía disparar andanadas. Esto se tradujo a lo largo del siglo xvi en una ventaja tecnológica en los océanos ante la que los otomanos no tuvieron nada comparable que ofrecer.

En la guerra sobre tierra firme, también entre las tropas otomanas y las de los Habsburgo, la situación era exactamente la contraria. Desde finales del siglo xiv, los otomanos gozaban de una superioridad táctica y estratégica sobre los ejércitos europeos que pudieron mantener hasta bien entrada la segunda mitad del siglo xvi. Esto se debía, por un lado, a la organización centralizada del imperio otomano y, por otro, al hecho de que la ética caballeresca que había prevalecido durante mucho tiempo en los ejércitos europeos —occidentales— y la forma de luchar a la que dicha ética obligaba generaban una barrera al aprendizaje que impedía el desarrollo de tácticas de batalla eficaces contra los turcos. En la batalla de Nicópolis de 1396, por ejemplo, los caballeros franco-borgoñones insistieron en su derecho de preferencia sobre la infantería húngara y dirigieron su ataque contra la caballería ligera otomana, que se retiró a un flanco. Los caballeros se encontraron entonces con los arqueros apostados en el atrincheramiento del sultán, cuyo fuego concentrado consiguió rechazar el ataque ocasionando numerosas bajas. Los ejércitos cristianos se quedaron sin recursos suficientes para contrarrestar el contraataque turco, de manera que su táctica pasó repentinamente de ataque audaz a retirada desesperada. De una forma similar se desarrolló la batalla del ejército húngaro en Mohács en 1526, donde una parte de la caballería otomana volvió a retroceder e incitó a los caballeros magiares a avanzar hasta el radio de acción de la artillería turca apostada en una colina, donde cayeron a caño-

nazos. La ética del combate impedía a los caballeros aprender de sus derrotas y adoptar sobre la marcha formaciones tácticamente defensivas o permitir la combinación de fuerzas.

Esto indica que el siglo xvi fue una época en la que el ideal caballeresco y su concepto del honor estaban llegando a su fin. Aunque la caballería ya había entrado en una profunda crisis en el siglo anterior, logró sobrevivir como ética forjadora de la conducta, celebrada en el libro de caballerías más popular de la época, *Amadís de Gaula*, hasta que Cervantes la jubiló literariamente con su *Quijote* (1605).¹³ El *ethos* caballeresco vio su mundo medieval arrastrado hacia una modernidad que ya había comenzado hacía tiempo con el uso de cañones cada vez más potentes y transportables a batallas en campo abierto, y la unión de soldados de infantería y arqueros en formaciones cerradas.

Esto también transformó a los portadores de la guerra. La sustitución de los nobles jinetes con armaduras en el centro de la batalla por soldados de a pie en formación de escuadrones, armados con lanzas y, cada vez más, también con arcabuces y mosquetes, se ha descrito, en lo que a Europa se refiere, como la «plebeyización de la guerra».¹⁴ Esta transición, que se prolongó desde el siglo xiv-xv hasta el xvii, unida a los descubrimientos y conquistas, así como al cisma ocasionado por la Reforma, hizo que en el siglo xvi acabara una época y empezara una nueva. Los mercenarios que servían como miembros de las infanterías formaban cada vez más el grueso de los ejércitos.¹⁵ Este desarrollo militar comenzó con los soldados de infantería suizos, que en 1386 derrotaron a un contingente de caballería de los Habsburgo en Sempach y en 1477 vencieron en Nancy al ejército del duque Carlos I de Borgoña, el Temerario, ejemplo de vida cortesana aristocrática y ética guerrera caballeresca. La expresión «plebeyización de la guerra» hace hincapié en el relevo de las clases sociales como portadoras de la guerra y destaca la sustitución de la nobleza por miembros de las clases inferiores como elemento decisivo en la batalla. Por el contrario, el concepto de «revolución militar» que predomina en las descripciones angloamericanas hace hincapié en el cambio fundamental de la tecnología armamentística,¹⁶ es decir, en el uso de cañones no solo en la guerra de asedio, donde ya se utilizaban desde hacía tiempo, sino también en batallas a campo abierto, como la de Rávena en 1512. La controvertida cuestión en la historiografía militar de si los cambios sociopolíticos o las innovaciones en el armamento han sido determinantes para establecer las cesuras históricas en los asun-

tos militares y la guerra en un sentido más amplio no tiene por qué reducirse a una alternativa para el período que nos ocupa. Más bien pueden considerarse desarrollos simultáneos que se apoyan mutuamente: uno suponía al otro y era impulsado por él.

No obstante, aquí cabe destacar en particular un cambio político fundamental derivado de las innovaciones armamentísticas, pues tuvo una importancia destacada para el progreso de la historia europea y la de Oriente Próximo y Oriente Medio. Se trata de la aparición de los llamados imperios de la pólvora, como se conoce sobre todo a los imperios otomano, safávida y mogol de la India.¹⁷ Durante aproximadamente un milenio, desde las grandes migraciones de finales de la Antigüedad hasta las campañas militares de Tamerlán de finales del siglo xiv y principios del xv, los pueblos nómadas ecuestres del interior de Asia avanzaron repetidamente hacia Europa y Oriente Próximo, invadieron las fortificaciones erigidas contra ellos, superaron a los obtusos caballeros o los derrotaron en batalla sirviéndose de maniobras tácticas y conquistaron y devastaron grandes territorios. Primero fueron los hunos, a los que siguieron los húngaros y los mongoles,¹⁸ hasta Tamerlán (Timur Lenk), que procedía de un grupo étnico turcomongol.¹⁹ Aunque los imperios nómadas que surgieron con las conquistas rara vez duraron mucho tiempo,²⁰ la «amenaza de la estepa» supuso un desafío permanente para la formación del poder en Europa y Oriente Próximo y Medio. Esto cambió con la aparición de estos imperios de la pólvora, ya que el uso de cañones acabó con los ataques a caballo de los nómadas, cuyo poder estratégico ofensivo combinado con complejas tácticas de batalla casi siempre había demostrado ser superior hasta entonces. La devastadora derrota de los otomanos en la batalla de Ankara (1402) contra el ejército turco-mongol de Tamerlán fue la última gran victoria de los jinetes esteparios.²¹ Cuando los otomanos empezaron a utilizar cañones en las batallas a campo abierto, los ejércitos montados dejaron de ser rivales para ellos. En el transcurso del siglo xv, el imperio otomano se transformó en un *military patronage state* estable y con capacidad conquistadora que a mediados del siglo xvi había sometido a todo el este y el sur del Mediterráneo con sus élites militares, en particular, los jenízaros, reclutados a la fuerza mediante la práctica del *devshirme*, la «cosecha de niños» procedentes de las familias cristianas balcánicas.²²

Del mismo modo que una mirada a los cinco imperios que marcaron el siglo xvi desde una perspectiva histórica mundial ayuda a relativizar una visión eurocéntrica, un examen del equilibrio de poder dentro de Europa también arroja una luz diferente sobre el jactancioso *A.E.I.O.U.* de los Habsburgo, el acróstico que el emperador Federico III había mandado inscribir en varios edificios de su dominio: *Austria erit in orbe ultima* («Austria perdurará hasta el fin del mundo»). Las siglas se mantuvieron bajo el reinado imperial del bisnieto de Federico, Carlos V, pero con un nuevo significado: *Austriae est imperare omni universo* («Austria está destinada a gobernar el mundo entero»). En realidad, el dominio austríaco ni siquiera se extendió a Europa, ya que los Habsburgo se enzarzaron en guerras hegemónicas de larga duración con Francia a principios de siglo y en una guerra con los Países Bajos e Inglaterra a finales de siglo que no les resultó muy fructífera. Ni el orbe, ni Europa, ni siquiera Europa estuvieron completamente sometidos a ellos. Su imperio mundial fue de hecho más una pretensión que una realidad, y al principio tuvieron que compartir el «mundo» con los portugueses. Incluso la extendida caracterización de imperio «donde nunca se pone el sol» no fue en modo alguno aplicable a la época de Carlos V, sino solamente a la de su hijo Felipe II, es decir, solo después de tomar posesión de las Filipinas, que deben su nombre al rey español.

De hecho, el siglo xvi no fue solamente una época de imperios, sino también, al menos en Europa, la fase inicial de un sistema de estados basado en delimitaciones territoriales. Los protagonistas de este sistema fueron Francia, los Países Bajos e Inglaterra, que dejaron de reconocer la pretensión imperial de los Habsburgo y la supremacía del emperador.²³ Francia actuó más bien como competidor de España en la lucha por la hegemonía europea, mientras que los Países Bajos libraron, en las últimas décadas del siglo, una feroz guerra de independencia contra España, en la que contaron con el apoyo indirecto de Inglaterra.²⁴ En esta misma época, Inglaterra ya era el rival más importante del imperio de los Habsburgo en la lucha por el control de las rutas comerciales del Atlántico, mientras que los Países Bajos pugnaban por la supremacía en el océano Índico contra Portugal, que estaba cogobernado por España. En el siglo xvi se sienta un precedente que marcará los conflictos políticos de las potencias europeas en los siglos siguientes: muchos de los conflictos que se libraban se extendían a los territorios de ultramar de las potencias europeas o se

desarrollaban como guerras de corso contra las rutas comerciales oceánicas de los rivales. En el contexto de una estructura de conflictos en crecimiento en Europa, la aparición de imperios y economías globales tuvo como consecuencia que las guerras que se habían limitado a los teatros operaciones europeos en la primera mitad del siglo —como el valle del Po o Flandes— se libraban ahora en un escenario mundial. Esto distingue la formación de los grandes imperios europeos de otros imperios, como los islámicos de los safávidas y los mogoles, el imperio chino e incluso el otomano.

Esto resulta aún más destacable si se considera que el papa Alejandro VI, el 4 de mayo de 1493, había repartido el mundo recién descubierto entre Portugal y España en la bula *Inter caetera* y que ambas potencias confirmaron la decisión papal en el tratado de Tordesillas al año siguiente. Se trataba, tanto de hecho como simbólicamente, del fin definitivo de una concepción de orden que abarcaba toda la cristiandad latina y que, según su idea jerárquica, se concebía como un sistema encabezado por el papa y el emperador y orientado a prevenir guerras entre los gobernantes cristianos. Al menos en teoría, estos tenían la posibilidad e incluso —bajo una interpretación rigurosa— la obligación de resolver los conflictos por la vía legal, con el emperador y el papa como árbitros en última instancia. Sin embargo, este sistema no siempre funcionó, como quedó demostrado en las repetidas ocasiones en que el emperador y el papa se enfrentaron en guerras entre sí. A pesar de sus limitaciones, este orden postulaba la paz como un estado ideal absoluto, relegando la guerra al estatus de excepción. Además, esta excepción estaba normativamente restringida por la concepción del *bellum iustum* («guerra justa»), una idea que se remontaba a Agustín de Hipona y que fue sistematizada por Tomás de Aquino.²⁵

Como este orden de paz se limitaba, no obstante, a la cristiandad latina, permitía la guerra contra los imperios no cristianos, especialmente contra las potencias del mundo islámico, y apenas conocía reglas o limitaciones normativas para tales guerras interculturales. Al contrario: en estos casos el conflicto podía elevarse a la categoría de «guerra santa»,²⁶ una guerra «querida por Dios», como rezaba el grito de batalla de los caballeros cristianos durante la primera cruzada en la fórmula *deus lo vult*. Los que «tomaban la cruz», es decir, los que sentían la llamada y hallaban la muerte en la batalla contra los musulmanes (o incluso antes, de camino a Tierra Santa), eran, según la promesa renovada repetidamente por los papas, absueltos de al me-

nos una parte de los castigos que, de lo contrario, los habrían aguardado en el otro mundo debido a sus vidas pecaminosas.

El orden interno de paz y la esperanza de luchar y hacer la guerra contra los «enemigos de la cristiandad» quedó anulado en el siglo xvi. Ya había perdido su eficacia con el fin de la dinastía Hohenstaufen al frente del sacro imperio romano germánico a mediados del siglo xiii y el cisma occidental de la Iglesia romana a principios del siglo xiv, pero siguió desempeñando un papel importante como principio rector y concepto de orden, como demuestra, entre otras cosas, la bula sobre el reparto del mundo dictada por Alejandro VI. Sin embargo, la Reforma, que comenzó en Alemania y pronto se extendió a toda Europa, puso en entredicho de manera fundamental la autoridad del papa. Esto tuvo como consecuencia que, en poco tiempo, no solo los príncipes que se habían convertido al protestantismo dejaran de sentirse obligados por las decisiones papales, sino también los gobernantes que se mantuvieron en el catolicismo, como el rey de Francia. De este modo, el recurso jurídico como mecanismo de última instancia para resolver cuestiones políticas controvertidas fue reemplazado por la guerra como el medio definitivo de resolución. Hubo que esperar hasta 1625 para que el jurista neerlandés Hugo Grocio lo formulara con claridad en su obra *De iure belli ac pacis libri tres* («Del derecho de la guerra y de la paz, tres libros»), pero la situación ya se había impuesto en el siglo xvi.

OTOMANOS Y HABSBURGO: EL FUNDAMENTO GEOPOLÍTICO DEL SIGLO

La disolución del orden europeo de guerra y paz no solo tuvo consecuencias en el trato entre los soberanos cristianos, sino también en su relación con el imperio otomano. Desde finales del siglo xiv y durante el xv, la idea de una cruzada centrada en la reconquista de Tierra Santa, con Jerusalén en el centro, se había trasladado a un imperio otomano que se expandía cada vez más hacia Europa. En 1353, los otomanos habían logrado dar el «salto a Europa» tras cruzar los estrechos desde sus antiguos territorios al este y al sur del mar de Mármara y establecerse en Tracia.²⁷ Sin embargo, a lo largo del siglo xvi el concepto de las cruzadas vivió un retroceso,²⁸ la reconquista de Constantinopla se desvaneció como directriz política y la

experiencia de una dura guerra fronteriza, consistente en afirmar el poder de los Habsburgo sobre partes de Hungría, pasó a un primer plano. En este desarrollo, las *cruzadas* pasaron a ser *guerras turcas* donde la cuestión de la fe y el credo siguió desempeñando un papel propagandístico destacado, pero junto a ello —y a veces incluso por encima de ello— estaban los intereses políticos y materiales de los estados que se estaban configurando.

A corto plazo, la Casa de Habsburgo se benefició del avance turco en Europa, ya que el joven rey húngaro Luis II había muerto en la batalla de Mohács (1526) y la corona de san Esteban, como muchas otras antes, había caído en manos de los Habsburgo. El final de Hungría como gran potencia (el sultán Solimán quería mantenerla como estado colchón frente a los Habsburgo y apoyaba las pretensiones Juan I de Zápolya contra estos) llevó a un enfrentamiento directo entre los otomanos y los Habsburgo. En la década y media posterior a Mohács, el resto de Hungría quedó dividida entre las dos grandes potencias. En 1541 llegó el final de una Hungría independiente al dividirse en tres partes: una controlada por los Habsburgo, otra controlada por los otomanos y otra independiente en un sentido más amplio, pero que dependía *de facto* de los otomanos y cuyo territorio se limitaba esencialmente a Transilvania.²⁹

Los objetivos estratégicos de los otomanos eran de largo alcance y obedecían esencialmente a su pretensión de convertirse en una potencia mundial. Si la operación terrestre turca de Otranto (1480) se entiende no solo como un intento de establecer una cabeza de puente en Apulia para controlar desde allí la península itálica y asegurar el avance sobre los Balcanes por el flanco, sino también como una maniobra para tomar la «Manzana Roja», que era como llamaban metafóricamente los otomanos a Roma, entonces debe verse como un proyecto de imposición de sus aspiraciones de dominio mundial. De hecho, la ya mencionada denominación turca de las regiones de dominio en el sureste europeo como Rumelia expresa su conexión con Roma:³⁰ tras la conquista de Constantinopla, los otomanos se veían a sí mismos como sucesores del imperio romano, lo que los puso en competencia directa con los Habsburgo, quienes, como emperadores del sacro imperio romano germánico, también reclamaban esta herencia romana. Asimismo, la aspiración a la «Manzana Dorada», el nombre otomano para Viena —aspiración que fracasó en el primer sitio de la ciudad en 1529—, fue un intento de extender

el dominio otomano más allá de los Balcanes y someter a toda Europa, si no bajo su control directo, al menos bajo una dócil situación de dependencia. Los problemas logísticos que en ambos casos frustraron la conquista de ambas «manzanas» ponen de relieve los límites de la capacidad de expansión otomana. Superar esos límites habría implicado caer en una situación de sobreextensión imperial, algo que el políticamente prudente y estratégicamente hábil sultán Solimán el Magnífico evitó cuidadosamente.³¹

Dos factores en particular fueron decisivos para que los límites de su capacidad de expansión no lo perjudicaran política y militarmente: en primer lugar, la falta de poder ofensivo de la rama austríaca de los Habsburgo, es decir, del rey Fernando, el monarca reinante en Viena y cuyo hermano Carlos V estaba ocupado con otros desafíos.³² El imperio de los Habsburgo, cuyo centro en la segunda década del siglo estaba en la península ibérica y no en Europa central, se concentró en la expansión hacia el oeste, es decir, en la apropiación del Nuevo Mundo, el cual, con una pequeña aportación de recursos, prometía más ganancias territoriales y enriquecimiento material que un prolongado conflicto militar con los otomanos. A su vez, los otomanos también llegaron a una conclusión similar al entender que las conexiones logísticas podían ampliarse mucho más con una expansión hacia el sur y el este que con una expansión hacia el noroeste.

Ya bajo el sultanato de Selim I, el predecesor de Solimán, se había producido una considerable expansión del imperio otomano hacia el este y el sur, especialmente sobre los territorios de Azerbaiyán y Mesopotamia, ambos arrebatados al imperio safávida.³³ En la batalla de Chaldiran (1514), librada entre tropas otomanas y safávidas, el uso de artillería móvil inclinó la balanza a favor de los otomanos,³⁴ quienes repitieron este éxito en 1517 cuando conquistaron el imperio mameluco, cuyo último sultán fue ejecutado tras la conquista de El Cairo. Seguidamente, Selim incorporó a su imperio Siria, Líbano, Palestina, Egipto y gran parte de la península arábiga con los lugares santos musulmanes de La Meca y Medina.³⁵

Por parte de los Habsburgo y de España, se hizo lo propio con las conquistas transatlánticas, en cuyo transcurso los conquistadores de la corona controlaron el Caribe, se establecieron en América Central y finalmente conquistaron el imperio azteca en 1519 (una victoria que fue posible, sobre todo, gracias a la ya mencionada alianza entre el pequeño contingente de conquistadores españoles y algunos

pueblos indígenas que, poco tiempo antes, habían sido subyugados por los aztecas). Por consiguiente, la dinámica de desarrollo tanto del imperio de la rama hispana de los Habsburgo como del otomano se caracterizó en las primeras décadas del siglo xvi por la expansión, lo que constituye una de las razones por las que —exceptuando el primer asedio de Viena por los turcos— ninguno de los dos imperios volvió a batirse mutuamente en grandes campañas. El avance en la costa norteafricana por parte de los otomanos, o de los corsarios aliados con ellos con bases en Túnez y Argel, fue posible debido a que portugueses y españoles estaban ocupados expandiéndose en los océanos Atlántico e Índico y no prestaron especial atención a los estados corsarios de la costa norteafricana.³⁶ En cierto sentido, esto también fue un síntoma de la sobreexpansión o, al menos, de la sobrecarga del poder español y de la consiguiente necesidad de establecer prioridades.

El otro motivo para evitar una confrontación directa y a gran escala entre ambos grandes imperios —es decir, un enfrentamiento decisivo del que solo uno de ellos saliera victorioso— fue la amenaza de un «segundo frente» a sus espaldas o en sus flancos. Si se percibía tal frente a las espaldas del enemigo, esta situación podía ser considerada ventajosa. La idea estratégica de contar con un adversario en la retaguardia del poder musulmán en Europa tenía unas raíces profundas que se remontaban a la Edad Media y cristalizó en la leyenda de un gobernante cristiano llamado Preste Juan que acudiría en ayuda de las potencias cristianas acosadas y atacaría a los musulmanes desde el este.³⁷ El presbítero imaginario alimentó repetidamente las fantasías occidentales, pero no pasó de ser una quimera política. La situación cambió con el reino de los Aq Qoyunlu, «los de las ovejas blancas»:³⁸ en la segunda mitad del siglo xv, esta confederación tribal formada por varios pueblos túrquicos gobernados por el príncipe Uzún Hasán dominó temporalmente amplias zonas del este de Anatolia, así como los actuales Irán e Irak.³⁹ Durante un tiempo, varias potencias europeas confiaron en que la «Oveja Blanca» se convertiría en una potencia en la retaguardia de los turcos que podría contener la expansión del imperio otomano. Pero incluso esta esperanza se disipó rápidamente, ya que la confederación tribal carecía de estabilidad interna, solo se sostenía por el carisma de Uzún Hasán y se desmoronó tras la muerte del príncipe. En cambio, el imperio safávida —a pesar de la derrota en Chaldiran— supuso una amenaza permanente para

los otomanos desde el sureste y se convirtió así en un partícipe seguro en los cálculos político-estratégicos de la rama vienesa de los Habsburgo. Los sultanes otomanos tuvieron que asegurarse repetidamente la paz en el sureste antes de poder dirigir su atención hacia el oeste. Esto limitaba tanto sus capacidades como su interés en emprender una guerra de conquista en el oeste, más allá de las partes ocupadas de Hungría.

En vez de esto, los otomanos consiguieron formar con Francia una alianza que escandalizó a los Habsburgo y que en el siglo xvi fue creciendo hasta llegar a influir en los marcos geoestratégicos. Entre 1526 y 1541 existió un primer eje París-Buda-Estambul en el que el rey Juan I de Zápolya, que quería preservar una Hungría independiente contra los Habsburgo, estaba formalmente aliado con los otomanos mediante un tratado y mantenía otra alianza con Francia. Incluso después de su muerte, la asociación *de facto* entre París y la Sublime Puerta continuó.⁴⁰ Pero Francia no fue la única que, en beneficio de su política antihabsburguesa, se alió con un imperio islámico. También lo hizo Inglaterra, que cooperó ocasionalmente con los estados de la costa berberisca norteafricana, algunos de los cuales estaban bajo control otomano, y estableció alianzas entre Londres, Rabat-Salé, Argel y Estambul.⁴¹ Estas alianzas se consideraron escandalosas —la propaganda de los Habsburgo se entregó a fondo para que así fuera— porque no estaban orientadas hacia la unidad de la cristiandad, es decir, desatendían la prohibición de establecer coaliciones con potencias musulmanas y seguían esencialmente una lógica de política del poder. La cristiandad perdió su fuerza de cohesión como principio rector para la creación de alianzas, y una racionalidad política basada en cálculos de poder determinó cada vez más la política de alianzas. Así fue como el despliegue del poder de los Habsburgo en Europa encontró sus límites en el imperio otomano y en Francia. La idea perseguida por el gran canciller de Carlos V, Mercurino Gattinara, de establecer una *monarchia universalis*,⁴² un verdadero imperio mundial con Europa como centro unificado, estaba, pues, condenada al fracaso.

La coexistencia *de facto* de los dos grandes imperios, el de los Habsburgo y el de los otomanos, con la simultaneidad del emperador Carlos V y el sultán Solimán el Magnífico, pasó a ser el marco geopolíti-

co fundamental del siglo xvi en Europa. Es cierto que ambos imperios presentaban diferencias considerables a efectos de una comparación estructural: el de la Casa de Austria, la rama habsburguesa reinante en la monarquía hispánica, era sin duda el más dinámico y quizá también el más poderoso debido a su componente ultramarino, pero adolecía de muchas más zonas de conflicto y vulnerabilidades. El turco-otomano, por su parte, era más compacto y cohesionado debido a su centralización y constituía un factor de poder que no debía subestimarse, al menos, en el Mediterráneo. Si a mediados del siglo xvi hubiéramos preguntado a un observador bien informado de ambos imperios cuál de los dos consideraba que tenía mayor potencial y mejores perspectivas de futuro, probablemente no habríamos recibido una respuesta clara. En la mitad de la centuria, el imperio otomano ya tenía controlada gran parte del comercio mediterráneo,⁴³ y ni siquiera la derrota en la batalla de Lepanto (1571) consiguió cambiar las cosas. El resultado fue una situación de tablas donde la expansión otomana en el Mediterráneo occidental quedaba descartada.

Igualmente, un ataque de los españoles en el Mediterráneo oriental en alianza con las repúblicas marítimas italianas, combinado con una restauración de la posición de poder marítimo que los venecianos y las órdenes de caballeros cruzados seguían manteniendo allí en el siglo xv, habría desbordado los recursos y capacidades de las potencias «occidentales».⁴⁴ La victoria en Lepanto de la Liga Santa (una alianza formada por España, Génova, Venecia, Malta, Saboya y los Estados Pontificios, cuyas fuerzas navales combinadas estaban bajo el mando de Don Juan de Austria, hijo ilegítimo de Carlos V) se ha presentado a menudo como un punto de inflexión en las guerras turcas. No fue en absoluto así. El objetivo estratégico de la Liga Santa —la reconquista de la isla de Chipre, ocupada por los otomanos en 1570— no se logró. El gran visir otomano Sokollu Mehmet Bajá comentó burlonamente la derrota diciendo que Lepanto solo le había chamuscado la barba y que él, en cambio, había cortado uno de los brazos de Venecia, refiriéndose a Chipre.⁴⁵ Solo dos años después de Lepanto, los otomanos ya habían recuperado prácticamente la misma capacidad naviera que tenían antes de la batalla. En 1574 conquistaron Túnez. La Liga Santa se disgregó; Venecia negoció una paz separada con el imperio otomano en 1573 y le pagó trescientos mil ducados por las pérdidas sufridas en la batalla de Lepanto (lo que le permitió también retomar la exportación del algodón chipriota).

Sin embargo, el sueño otomano de construir un imperio mundial basado en el dominio de los mares o, como mínimo, en el control de todo el Mediterráneo, había terminado. Después de Lepanto, la situación en la zona mediterránea fue similar a la de la región fronteriza húngara entre los imperios habsburgués y otomano: en tierra firme tuvo lugar una dura guerra por fortalezas individuales en posiciones estratégicamente favorables, acompañada de incursiones ocasionales en territorio enemigo. El objetivo de estos ataques era maximizar la devastación y tomar el mayor número posible de prisioneros para poder devolverlos a cambio de un rescate o esclavizarlos. En el mar, la guerra de corso continuaba con el objetivo de capturar tripulaciones y pasajeros de los barcos, que luego eran liberados por los corsarios a cambio de dinero o vendidos como esclavos. La guerra corsaria en el mar y la guerra de incursiones en tierra apenas diferían en este aspecto.

PARTICIPACIÓN Y SOMETIMIENTO: DEL MEDITERRÁNEO A LA EXPANSIÓN OCEÁNICA

Si el enfrentamiento y la coexistencia de los imperios otomano y habsburgués fue un rasgo decisivo del siglo xvi, otra característica central fue el traslado de la experiencia adquirida en la región mediterránea en los siglos xiv y xv (organización de ciclos económicos, establecimiento de una red de bases, desarrollo de una economía de plantación a base de mano de obra esclava) a la emergente economía mundial. La expansión de las repúblicas marítimas italianas por el Mediterráneo occidental —pero sobre todo oriental— y los métodos utilizados para enriquecerse —ya fueran los beneficios obtenidos del comercio a larga distancia o la extorsión de una población sometida violentamente mediante el trabajo forzado— se convirtieron en el modelo de organización de los ciclos económicos para el mundo recién descubierto y las rutas comerciales recién abiertas en el siglo xvi. En muchas representaciones de la era de los descubrimientos y conquistas, solo se consideran los archipiélagos de Canarias y Azores como espacios de experiencia y campos de práctica. Sin embargo, el espacio de experiencia mediterráneo tuvo una extensión mucho mayor, tanto en términos espaciales como temporales. No se limitó a las islas situadas en el Atlántico, al oeste de África y Portugal, sino que

abarcó todo el mundo del Mediterráneo. Con esto no se pretende negar la importancia de Canarias y Azores para las prácticas de sometimiento y dominio en el Caribe y Mesoamérica, pero el control y la explotación de las islas del Mediterráneo las precedieron.

De hecho, en su expansión por el Mediterráneo, las repúblicas marítimas italianas desarrollaron dos formas fundamentalmente distintas de participar en los ciclos económicos y de moldearlos según sus propios intereses. Como precisa el historiador John Morrissey, estas pueden clasificarse en *modelo de participación* y *modelo de sometimiento*. El primero lo desarrolló la ciudad comercial marinera de Amalfi y lo aplicó de manera exclusiva; el segundo modelo fue puesto en práctica por las repúblicas marítimas de Venecia, Génova y Pisa siempre que pudieron y, cuando las circunstancias no les dejaron otra opción, adoptaron el modelo amalfitano.⁴⁶ El modelo amalfitano giraba en torno a un recinto comercial, llamado *fondaco*, que era un barrio delimitado dentro de una ciudad donde regía el derecho del lugar de origen de los mercaderes que operaban el recinto.⁴⁷ Sin embargo, fuera de estos espacios se aplicaba el derecho del territorio bajo cuya jurisdicción se encontraban, al cual los mercaderes europeos de larga distancia debían someterse.⁴⁸ Por esta razón, las comunidades mercantiles extranjeras no tenían ninguna influencia sobre la producción regional, lo cual les habría permitido determinar el tipo y la cantidad de los productos comercializados. Su actividad se limitaba exclusivamente al intercambio o la compra de mercancías.

La situación cambiaba cuando una de las repúblicas comerciales marítimas se había hecho con el control político y económico de una isla mediterránea. Al sometimiento político se sumaba entonces la orientación ilimitada de la producción a los intereses de la república comercial. Los territorios sometidos se convertían en productores de materias primas del ciclo económico mediterráneo, lo que conducía a un sistema de intercambio desigual, la expulsión de la población y la destrucción ecológica de su espacio vital. Así, los pisanos compensaron su derrota en la rivalidad con Génova y Venecia por el acceso al Mediterráneo oriental dominando la economía de Cerdeña, lo que les proporcionó un papel destacado en el comercio de minerales en el Mediterráneo europeo. Ni siquiera tuvieron que tomar el control militar de la isla, simplemente contaron con la colaboración de parte de la clase dirigente local, la cual dependía del apoyo de los pisanos para asegurar su propia posición en la isla. Era como una variante de bajo

coste del colonialismo temprano: «corromper a las élites indígenas para preservar su estatus social y su nivel de vida».⁴⁹ Este modelo de colonización fue practicado por los portugueses en el siglo XVI, sobre todo en el océano Índico.

A diferencia de Pisa, Venecia y Génova estuvieron en el bando ganador de la expansión por el Mediterráneo oriental y consiguieron exigirle al debilitado Bizancio en el Egeo y en las costas del mar Negro unas condiciones comerciales que superaban de largo los términos del sistema de los *fondaci*. En Creta, Chipre y Quíos, la agricultura diversificada fue sustituida por un monocultivo centrado en productos agrícolas para los mercados mediterráneos, lo cual se tradujo en «sometimiento de la población campesina a la disponibilidad arbitraria de mano de obra, destrucción o absorción de la artesanía y los oficios, política comercial dirigista para abastecer a la metrópoli o para la exportación».⁵⁰ Esta situación duró hasta que los venecianos, antes de ser expulsados del Mediterráneo oriental por los otomanos en el transcurso del siglo XVI, establecieron en varias de las islas que gobernaban una economía de plantación que explotaban sobre todo con esclavos. Este modelo se convirtió en el principio rector de la colonización española de América Central y del Sur, mientras que los portugueses del océano Índico siguieron principalmente el modelo amalfitano del sistema de *fondaci*. Allí se encontraron con dominios consolidados en los que no podían operar a su antojo, sino que tenían que atenerse, al menos en parte, a las reglas del intercambio justo y equitativo.⁵¹

En consecuencia, la expansión oceánica de los europeos en el siglo XVI se desarrolló según los modelos de *participación* y/o *sometimiento y explotación*. En el traslado del modelo de participación al mundo oceánico, el sistema de *fondaci* de la economía mediterránea fue sustituido por centros de almacenamiento y comercio, los llamados emporios. Las mercancías demandadas por los mercaderes europeos se iban estibando en estos centros hasta alcanzar el volumen y el peso de carga de un barco, lo que permitía aprovechar la capacidad de transporte disponible y los vientos favorables de cada época. Los europeos compraban estas mercancías a los precios habituales en el emporio, de modo que el margen de beneficio de los mercaderes era básicamente la diferencia entre el precio de compra y el precio de venta, que en el mejor de los casos podía verse afectado por la utilización óptima de la capacidad de transporte del navío y la duración de su periplo. Los mercaderes solo podían influir en el tipo y la cantidad

de mercancías comercializadas aumentando o disminuyendo la demanda, y si los productores no satisfacían esas expectativas, la única opción era cambiar de emporio. El uso de medios coercitivos para ajustar la producción según las demandas de los europeos no era posible. Este modelo de participación fue practicado en aquellos lugares donde la conquista militar no había funcionado.

No fue este el caso en el Caribe y América central y del sur, donde los españoles destruyeron los imperios azteca e inca e incorporaron a su reino los territorios conquistados. El problema en su caso fue que parte de la población indígena se retiraba a zonas de difícil acceso y eludía así el dominio de los conquistadores. Por ello, los españoles no dejaron de idear métodos para retener a los «indios» en las plantaciones u obligarlos a trabajar en las minas de plata y oro como única mano de obra disponible. Para conseguirlo, previamente destruyeron la economía de autosuficiencia indígena e impusieron sin miramientos sus propios intereses económicos. Desde el principio del descubrimiento y la conquista del continente americano, los españoles se centraron en someterlo a su dominio y anexionarlo a la corona española. Y lo hicieron siguiendo el modelo de sometimiento y explotación desarrollado en la región mediterránea.

Este desarrollo tan distinto en América central y del sur en comparación con el océano Índico puede atribuirse al hecho de que, aparte del oro y la plata, el territorio americano carecía de productos atractivos para los europeos y la economía local no producía excedentes que pudieran ser esquilados por los nuevos amos. Ello obligó a reorganizar radicalmente la producción local, y, por consiguiente, la forma de vivir y trabajar de los «indios» con el fin de integrar América en el ciclo económico atlántico.⁵² Por el contrario, las especias procedentes de las islas de las Indias Orientales —pimienta, jengibre, canela, nuez moscada y clavo— eran conocidas y apreciadas en Europa desde hacía siglos a través de los lazos comerciales árabes y egipcios, pero en su mayoría eran escasas y caras. Por lo tanto, los comerciantes europeos se limitaron a crear rutas comerciales más eficaces y rentables. Sobre esta base, los beneficios de los mercaderes y los inversores que había detrás de ellos estaban asegurados.⁵³ Así, el capital comercial europeo invertido en el océano Índico se mantuvo al margen de la producción y se limitó al transporte de mercancías y su compraventa, mientras que en América intervino profundamente en la estructura productiva y la sometió a sus expectativas y exigencias.

La diferencia entre ambos «mundos» también puede explicarse por el hecho de que, tras la destrucción de los imperios azteca e inca, los españoles ya no tuvieron que enfrentarse a ningún contrapoder relevante y, por tanto, pudieron intervenir en las condiciones socioeconómicas del país a su antojo, haciendo para ello uso de la fuerza física en todas sus variantes. No sucedió lo mismo en los confines del océano Índico, donde los portugueses y, después, los neerlandeses se toparon con poderosos imperios contra los que habría resultado inútil imponer su voluntad por la fuerza. La conquista de Malaca por los portugueses fue una excepción justificada por la excelente posición estratégica de la ciudad malaya en la ruta marítima entre los océanos Pacífico e Índico y su favorable ubicación como lugar de recogida de productos de las regiones china e indonesia. Por lo demás, los portugueses evitaban los enfrentamientos armados, especialmente con los grandes imperios del subcontinente indio, y en su lugar desarrollaron relaciones de cooperación basadas principalmente en la exportación de bienes militares y el conocimiento técnico relacionado, lo que les permitió acceder a las codiciadas mercancías de la India.⁵⁴ Y a la inversa, el «imperio de la pólvora» de los mogoles indios dependía de los cañones y los fundidores europeos, mientras que el imperio hindú vijayanagara dependía de la importación de caballos árabes, un comercio que los portugueses llevaban a cabo con mucha más eficacia que los propios árabes, cuyas embarcaciones eran mucho más pequeñas. Y dado que ambos imperios eran potencias terrestres, es decir, no disponían de capacidades marítimas significativas, no tuvieron inconveniente en recurrir al apoyo de los portugueses y sus barcos armados con cañones.

Los portugueses se vieron favorecidos en su avance hacia el océano Índico por el hecho de que el espacio marítimo delimitado por África, la India y los archipiélagos del sureste asiático no se caracterizaba por la existencia de conflictos militares entre los estados ribereños, de manera que en sus aguas no había naves de guerra, sino solamente de mercancías. Las grandes potencias, especialmente las del subcontinente indio, obtenían sus ingresos de los impuestos sobre la economía agrícola y no del comercio, lo cual favoreció el desarrollo del poder luso en el océano Índico. Los portugueses se encontraron allí con una navegación comercial establecida desde hacía mucho tiempo, pero no hallaron competencia militar en el mar, ya que las grandes potencias del siglo xv, interesadas en la «explotación más intensiva posible del

excedente agrario al servicio del aparato soberano y de los grandes centros administrativos»,⁵⁵ estaban centradas en la expansión por tierra. De este modo, los portugueses lograron establecer su dominio sobre el océano Índico, lo que les permitió modificar las condiciones comerciales a su favor. Además, con sus barcos, no solo podían desplegar poder militar, sino también ofrecer capacidades de transporte. Así, se desarrolló relativamente rápido una simbiosis económica entre las potencias tradicionales de la región y los recién llegados portugueses, una cooperación que resultaba beneficiosa para ambas partes y que, por ello, rara vez derivó en conflictos violentos.

No es de extrañar, pues, que la principal preocupación de los lusos, aparte del avance otomano hacia el océano Índico, se centrara pronto en otras naves comerciales europeas que trataban de abrirse paso para participar del gran negocio en una región comercial que también consideraban suya. Los portugueses intentaron impedirlo tratando el comercio con la India y el sureste asiático como un monopolio al que solo ellos tenían derecho y en el que otras potencias comerciales europeas solo podían participar si compraban concesiones a la *Casa da India*, la autoridad creada para administrar el *Estado da India*. Estas concesiones tenían por objeto garantizar que una parte de los beneficios comerciales fuera a parar al estado portugués.⁵⁶ Portugal justificó esta forma de obtención de ganancias alegando que la presencia de sus galeones de guerra en el océano Índico garantizaba la seguridad en el mar, combatía la piratería y protegía los emporios, es decir, que prestaba servicios que también beneficiaban a otros comerciantes europeos. Los portugueses consiguieron hacer todo esto con una inversión relativamente pequeña, de manera que el comercio en el océano Índico se convirtió en una lucrativa fuente de ingresos durante varias décadas, el equivalente de la plata que España recibía del Nuevo Mundo.⁵⁷

Cuando, en la segunda mitad del siglo, los portugueses empezaron a ser expulsados paulatinamente del comercio de las Indias Orientales por los neerlandeses, se hizo evidente hasta qué punto esta forma de acumulación de riqueza y financiación estatal dependía más de la realidad propia del océano Índico y no tanto de un concepto específicamente portugués de organización del comercio y la vida económica diametralmente opuesto al de los españoles. Los lusos perdieron el lucrativo negocio de las concesiones y, en su defecto, se centraron en Brasil, región que les pertenecía en virtud del tratado de Tordesillas.

Allí, al igual que los españoles en Centroamérica, se concentraron en la producción sistemática de un producto agrícola excedentario y en la explotación de metales preciosos. Por otro lado, el papel que ahora desempeñaban los neerlandeses en el océano Índico no era distinto del de los portugueses, pero aquellos acumularon un mayor poder de mercado.

Las condiciones marco establecidas en el océano Índico a principios del siglo XVI se mantuvieron hasta bien entrado el siglo XVIII: los europeos se integraron en una red comercial ya existente e interfirieron en ella parcialmente poniendo bajo su control algunos centros importantes, pero no ejercieron ninguna influencia fundamentalmente transformadora sobre la producción; en el mejor de los casos, reforzaron las estructuras existentes. La situación se mantuvo así hasta el siglo XIX con la Revolución industrial iniciada en Inglaterra, cuando las máquinas de hilar y los telares de vapor hicieron que la producción textil artesanal india dejara de ser competitiva y se hundiera. Hasta entonces, los europeos en Asia Oriental se habían limitado a participar de un sistema económico relativamente estable, y su intervención había consistido esencialmente en integrar ese sistema en la economía mundial y los circuitos que los propios europeos se habían encargado de organizar. La integración del Nuevo Mundo, en cambio, tuvo lugar a base de conquistas violentas, sometimiento estructural y explotación de la población indígena.

ARQUITECTURA NAVAL INNOVADORA Y «REVOLUCIÓN COMERCIAL»: EL MAR DEL NORTE Y LA REGIÓN BÁLTICA

El impulso de la expansión europea no partió exclusivamente del Mediterráneo o la península ibérica. Tampoco fue una mera reacción al encarecimiento de las mercancías procedentes de China, la India y las islas de las especias del sureste asiático como consecuencia de la formación del imperio otomano. No cabe duda de que la tributación de las mercancías transportadas a través de las tierras dominadas por los otomanos supuso una motivación importante para emprender la búsqueda de rutas comerciales que pudieran eludir los territorios turcos, pero de poco servía la *motivación* si no se tenía la *habilidad* necesaria. La navegación por el Atlántico y los otros océanos requería una transferencia de tecnología desde el noroeste de

Europa, donde la población se había enfrentado desde siempre a desafíos marítimos diferentes y, en consecuencia, había desarrollado tipos de barcos distintos de los que se utilizaban habitualmente en la región mediterránea. Sin esta transferencia tecnológica, que no se produce hasta bien entrado el siglo xv, la expansión oceánica de españoles y portugueses no habría sido posible y los viajes de descubrimiento y exploración a lo largo de la costa occidental africana impulsados por el infante portugués Enrique el Navegante probablemente no habrían tenido lugar o, como mínimo, no habrían llegado a buen puerto.

Un ejemplo de ello es el viaje de descubrimiento y comercio que los hermanos Vivaldi habían emprendido desde Génova en 1291 con el objetivo de llegar a la India rodeando África para no tener que depender de las rutas comerciales surgidas a través de los puertos del mar Negro o el Levante mediterráneo.⁵⁸ El origen de esta iniciativa se remontaba a la lucha entre venecianos y genoveses por la hegemonía en el Mediterráneo oriental, donde Génova se estaba quedando cada vez más rezagada. Era la primera vez que los genoveses recurrían a la «opción atlántica».⁵⁹ El viaje de los Vivaldi fue, por supuesto, una empresa extremadamente arriesgada, ya que los barcos genoveses no eran realmente aptos para las aguas atlánticas. Ugolino y Vadino Vivaldi emprendieron la travesía con las galeras impulsadas por remos propias del Mediterráneo, provistas de mástiles y velas auxiliares que les permitían navegar también en condiciones de viento favorables.⁶⁰ Se desconoce hasta dónde llegaron realmente las dos embarcaciones, pero lo cierto es que no se volvió a tener noticias de ellas. Probablemente naufragaron en una tormenta o se desviaron de su rumbo y se adentraron en el océano, o quizá la tripulación halló la muerte al ir en busca de provisiones. La lección aprendida con el fracaso de la expedición de los Vivaldi fue que la exploración de la costa occidental africana no podía llevarse a cabo con embarcaciones típicas de la zona mediterránea. Esta fue otra de las razones por las que la empresa no se repitió antes de que Enrique el Navegante la retomara a mediados del siglo xv en condiciones mucho más favorables.

Estas circunstancias más propicias no se debieron a la existencia de mejores cartas de navegación ni a la adquisición de conocimientos náuticos, sino a un trasvase de tipologías navales del noroeste europeo hacia el sur.⁶¹ Hasta el siglo xiii, en Europa habían existido tres

tradiciones de construcción naval —escandinava, continental y mediterránea— que empezaron a compenetrarse gradualmente a medida que se intensificó el intercambio de mercancías entre la región de los mares del Norte y Báltico y el mar Mediterráneo. En un principio hubo dos tipologías enfrentadas: los barcos de eslora más larga y manga más estrecha del Mediterráneo, impulsado principalmente a remo y con una superficie vélica limitada, lo que generaba más problemas de autonomía y aprovisionamiento, y los barcos considerablemente más anchos pero más cortos del mar del Norte y el Báltico, que pronto pasaron a depender exclusivamente de sus velas y ofrecían una capacidad de carga mucho mayor. Las naves mediterráneas servían tanto para la guerra como para el comercio, lo que las hacía más adecuadas para transportar bienes de lujo (al priorizar la velocidad sobre la capacidad de carga). Los barcos de casco ventrudo del norte de Europa, en cambio, se utilizaban para el transporte de productos a granel, que eran los más habituales en esas latitudes, pero también disponían de capacidad defensiva gracias a sus superestructuras almenadas para los ballesteros.⁶² A partir del siglo xv, estas superestructuras comenzaron a equiparse con cañones hasta que, al aumentar la manga de las embarcaciones, las piezas de artillería pudieron ubicarse bajo la cubierta a ambos costados. Se disparaba a través de las portas, que se abrían para la batalla y se cerraban herméticamente cuando el mar estaba agitado. Ello permitió combinar la navegabilidad con la capacidad de fuego.

La transferencia tecnológica tuvo lugar básicamente a través de la contratación de carpinteros de ribera que combinaron la experiencia y los conocimientos que habían traído del norte con los métodos y las tradiciones de la región mediterránea. El resultado fue inicialmente la carabela, que demostró una excelente idoneidad para los viajes de descubrimiento, y más tarde la carraca, mucho más grande, que conjugaba las capacidades de un galeón de guerra con las de un navío de transporte. La carraca se convirtió en la columna vertebral de la exploración y la conquista por su capacidad para transportar colonos, caballos y grandes cantidades de mercancías. La enorme variedad de conocimientos y destrezas necesarias para la expansión oceánica tuvo su origen en la heterogeneidad de las tradiciones astilleras. Los constructores navales experimentaron con ellas, las compararon y combinaron para dar con la mejor solución en cada caso. Es cierto que el sur vio nacer a los grandes exploradores, como Cristóbal Colón y

Vasco da Gama, pero fue la tecnología astillera del norte la que les permitió realizar sus travesías de descubrimiento.

El trasvase de conocimientos y tecnología en Europa no se produjo ni mucho menos en un solo sentido. A cambio, el sur «obsequió» al norte con la «revolución comercial» que había permitido a la Italia bajomedieval y sus repúblicas marítimas alcanzar el liderazgo en las operaciones mercantiles y monetarias en Europa.⁶³ A partir del siglo XIII, en las ciudades comerciales italianas costeras fue práctica común entre mercaderes itinerantes y sedentarios unir sus fuerzas en una *colleganza* o *commenda*. Estas formas de asociación permitían llevar a cabo operaciones comerciales a distancia en las que el mercader sedentario solía invertir una proporción significativamente mayor de capital, mientras que el itinerante asumía los imponderables del viaje. En las ciudades comerciales marítimas italianas, esta forma de separación significaba que los mercaderes asumían riesgos significativamente mayores en el comercio a larga distancia, pero podían limitar los posibles perjuicios económicos.⁶⁴ El resultado fue una división entre el mercader que viajaba junto con sus mercancías y el comerciante sedentario e inversor. Este último gestionaba varias sucursales desde la sede central, coordinaba movimientos de mercancías y dinero y se convirtió en la figura clave de un desarrollo económico dinámico.⁶⁵

Junto con las innovaciones en la construcción naval, este fue el segundo requisito para la expansión oceánica de los europeos: se podrían haber hecho descubrimientos sin una contabilidad sistemática y movimientos de pago distintos del efectivo, así como con limitaciones de responsabilidad y reducción de riesgos mediante el desarrollo de los seguros marítimos, pero los centros de comercio y las instalaciones de producción a miles de kilómetros de distancia difícilmente podrían haberse gestionado y controlado exclusivamente desde la sede central europea.⁶⁶ Los neerlandeses y, tras ellos, los ingleses demostraron ser los más avispados seguidores de la innovación comercial. No sometieron el comercio oceánico al control estatal, como hicieron los portugueses y los españoles con la *Casa da India* y la Casa de la Contratación, respectivamente, sino que formaron compañías comerciales más flexibles y con mayor velocidad de reacción, capaces además de movilizar más capital para financiar empresas arriesgadas, pero que permitieran obtener grandes beneficios.